

Revista interdisciplinar
de Ciencias de
la Comunicación
y Humanidades

omunicación
ψ h
ombre

ENERO 2017

ESTUDIO PUBLICADO EN

NUEVAS FORMAS DE COMUNICACIÓN POLÍTICA II

Nº 13 DE LA REVISTA COMUNICACIÓN Y HOMBRE

Conocimiento, política
y lenguaje: un análisis
contrapolítico

MARTÍN ARIAS, Luis

*Universidad de Valladolid
Castilla y León, España*



Universidad
Francisco de
Vitoria

Conocimiento, política y lenguaje: un análisis contrapolítico

Knowledge, political and language: an analysis
contra-political

El estudio del Lenguaje permite establecer la estrecha conexión entre, por un lado, los problemas de la comunicación en política, al cuestionar esa fantasía imaginaria de una sociedad civil basada en una opinión pública bien informada, conformada por ciudadanos que buscan el bien común y, por otra parte, los debates sobre cómo adquirimos o no un verdadero conocimiento a través de las Ciencias exactas y naturales o de las Humanidades; de tal modo que estas cuestiones deben entenderse en sus implicaciones políticas; aunque analizadas desde una cierta distancia, que nosotros denominamos Contrapolítica.

PALABRAS CLAVE: realismo, constructivismo, filosofía del lenguaje

The study of language allows for the close connection between, on the one hand, the problems of communication in politics, questioning the imaginary fantasy of a civil society based on a well-informed public made up of citizens seeking the common good and, moreover, discussions on how we acquire or not a true knowledge through natural sciences or humanities; so that these issues must be understood in its political implications; but analyzed from a distance, we call Contra-Political.

KEY WORDS: realism; constructivism; philosophy of language

1. Ciencias contra Letras (y viceversa)

El distanciamiento entre los dos ámbitos del conocimiento, que en la Antigüedad Clásica permanecían aún uno al lado del otro, la Física y la Metafísica, o dicho en términos académicos contemporáneos, las Ciencias y las Letras, se han producido partiendo cada uno de ellos de posiciones desiguales y con resultados asimétricos. El imparable desarrollo de la ciencia en la Modernidad ha dotado a la epistemología realista en la que esta se basa de una hegemonía teórica, y por tanto económica y social, que ha hecho dominante durante décadas, en todas las instituciones que gestionan la educación, la tecnología y la burocracia académica, a cierta ideología científicista, según la cual no hay conocimiento justificado y

útil, digno de ser tenido en cuenta, que no se base en el método científico y la verificación empírica. Pues bien este pensamiento, que vamos a llamar “realista”, es precisamente una de las aparentes obviedades que queremos cuestionar desde la Contrapolítica (CP), tal y como la proponemos en nuestro libro recientemente editado (Martín Arias, 2016).

Basándose en la superioridad epistemológica de las ciencias exactas (matemáticas y geometría) y de las empíricas (física, química y, finalmente, biología), así como en los logros tecnológicos de ellas derivados, el realismo –naturalista, analítico y pragmático, a la vez que empirista-positivista-, se ha reivindicado a sí mismo como el único sistema de pensamiento ciertamente válido, poseedor de un método científico que nos capacita para adquirir un conocimiento verdadero, justificado y eficaz. De este modo, las Universidades contemporáneas se han rendido ante el empuje y el dominio de lo pragmático y aplicable, de un conocimiento que se legitima gracias al acelerado progreso tecnológico y material que ha desencadenado, demostrando con dicho progreso, de forma fehaciente, la pertinencia y utilidad de las teorías desarrolladas desde las Ciencias. Es así como las Letras, desconcertadas, empezaron a retroceder, concediendo al adversario triunfos tan importantes como el de denominarse a sí mismas en tanto que “Ciencias” Humanas, en un intento de legitimarse bajo el paraguas de lo científico o, lo que es peor, sometiendo su modelo académico al patrón de verificación que ofrecen las Facultades de Ciencias, pretendiendo de este modo hacer también un tipo de “investigación” que puede ser medible y que ha de ser validada cuantitativamente por un sistema burocrático similar al de las Ciencias, de evaluación objetiva por pares de unos resultados o hallazgos concretos, una vez publicados en publicaciones asimismo supuestamente “científicas”. En nuestra opinión, todo esto ha ido sumiendo a las Humanidades en un imparable declive, debido a la pérdida de referentes gnoseológicos, teóricos y metodológicos válidos a la vez que específicos, de tal modo que los estudios humanísticos han perdido su propia legitimidad intrínseca, fundamentada en la búsqueda, por otros medios distintos a los de la epistemología científicista, de un saber verdadero y humanista, esencial (ahora como en todas las épocas) para dar sentido a la vida del sujeto humano, más allá del conocimiento puntual y pragmático logrado, por otra parte, mediante la renuncia a nuestra subjetividad, para someternos a lo objetivo científico-técnico. Sumidas en esta crisis de identidad, las Facultades de Letras se han convertido en entidades paralizadas por la burocracia político-académica, encaminándose exclusivamente a la generación y reproducción de ideología, útil al poder político y a los medios de comunicación de masas dominantes en el ámbito político: no otra cosa son los llamados “cultural studies” en los que se han especializado dichas Facultades de Letras en todo el mundo; desarrollando a partir de dichos “estudios” la corriente ideológica de lo “políticamente correcto”, hoy dominante.

De este modo se ha producido una curiosa escisión, mediante la cual los mecanismos de poder imperantes han logrado repartir ambos campos de supuesto saber (Ciencias y Letras) en dos mitades disímiles, incompatibles entre sí, desde el punto de vista filosófico, pero

haciendo complementarias sus tareas en pos de la funcionalidad política. De este modo, el ámbito científico-técnico se rige por el paradigma del realismo, al que hemos hecho referencia, facilitando los elementos técnicos pragmáticos (que a veces van acompañados de su envoltorio justificativo, ideológico realista, cuando es preciso o hace al caso), configurando con esos elementos un entorno tecnológico que es esencial para el desarrollo y sostén de la parte material y pragmática de la economía contemporánea; mientras que las antaño denominadas Humanidades han quedado para producir / reproducir un incesante flujo de ideologías de lo políticamente correcto, imprescindibles para alimentar la insaciable maquinaria de la sociedad líquida de masas o sociedad del espectáculo (Debord, 2000), cuya fecha de nacimiento quizá haya que situar en los años 60, en torno a los acontecimientos del llamado “mayo del 68”, los cuales crearon una nueva mentalidad, posmoderna, que permite una doble articulación ideológica, pragmático-hedonista, que hace complementarios (a veces incluso indistinguibles) el negocio y el ocio.

De este modo, en la Facultades de Letras se han desarrollado desde las últimas décadas del pasado siglo todos los ideogramas que hoy están detrás de las llamadas “guerras culturales” que configuran el ámbito comunicativo y político; generando ideologías que suministran materia prima tanto al espectáculo televisivo dominante como una cascada de referentes imaginarios y contenidos banales en internet y las omnipresentes redes sociales. El fundamento de todo este notable trabajo de justificación ideológica de la sociedad del espectáculo, sin interferir de paso para nada en el otro ámbito tecno-económico y su realismo de base, ha sido un pensamiento constructivista y relativista, heredero de los restos del idealismo alemán, del logicismo y del post-estructuralismo.

La evolución del post-estructuralismo dio lugar en las décadas finales del siglo XX a un irracionalismo radical, romántico y posmoderno. Jacques Lacan, pensador clave en la segunda mitad del siglo XX, postuló una descalificación de la razón y de la ciencia (que sin embargo no estaba en la obra ni en las intenciones de Freud), proponiendo la idea de que existe un cuestionable “discurso de la ciencia” que hay que desmontar. Así, Lacan en el Seminario “El reverso del psicoanálisis” afirma que “el discurso de la ciencia funciona como el discurso del amo”, poniendo de este modo a la ciencia en relación con el capitalismo y, finalmente, introduciendo de lleno este debate filosófico en el campo de la política; algo que han continuado sus seguidores actuales, desde Ernesto Laclau (precursor del partido populista español “Podemos” y de todo el populismo latinoamericano de izquierdas actual) a Slavoj Žižek, ideólogo asimismo populista de extrema izquierda, cuyas teorías políticas están en la base del auge que han ido tomando estos movimientos políticos radicales en Europa y América. Por eso hay ya autores que, en España (Alemán, 2009) o en el ámbito anglosajón (Stavrakakis, 2010) hablan abiertamente de una “izquierda lacaniana”.

De modo paralelo a la evolución del post-estructuralismo, a lo largo del siglo XX, partiendo de la radicalización de un cierto pensamiento lógico formal, extremadamente abstracto,

autores como Paul Feyerabend cuestionaron cualquier superioridad o incluso especificidad de la razón y del método científico. Feyerabend, después de formarse en el empirismo lógico y en la epistemología positivista, siguiendo los postulados de Popper llegará en su libro, que lleva el explícito título de “La ciencia como un arte” (1985), a propugnar la igualdad o equiparación, estrictamente epistemológica, entre Ciencia y Humanidades, para después en “Adiós a la razón” (1987), reivindicar directamente un irracionalismo romántico, al negar la racionalidad del mundo, señalando que no existen fronteras entre la ciencia, el arte y los mitos. Feyerabend advierte que no se pueden despreciar como inútiles sistemas de creencias como la astrología o la medicina alternativa, a los que atribuye un estatus equiparable al de la ciencia; ya que la razón y la ciencia no son nada más que «juegos de poder», equivalentes, por tanto, a sistemas de creencias como el curanderismo.

Tenemos así que las actuales sociedades más desarrolladas, en Europa occidental y parte de América al menos, viven a caballo de dos sistemas de pensamiento opuestos en su fundamentación filosófica; dos culturas que se diferencian completamente entre sí en cómo entiende la adquisición del conocimiento. Por una parte, el formidable avance tecnológico se basa en un pensamiento realista y científicista, que cree en las verdades lógicas (ciencias exactas) y fácticas (ciencias empíricas) y que además postula un progresismo educativo (basado en Dewey) capaz de formar adecuadamente a un ciudadano informado y participativo, tal y como ya proponía Aristóteles. Por otra parte, está el asimismo poderoso sistema de entretenimiento (medios de comunicación de masas, televisión, internet, redes sociales) que se fundamenta en un pensamiento psico-emocional, que deja de lado a la razón, a la lógica y a la verificación empírica, y que no cree en la verdad de ningún tipo (“todo es relativo”, sería su lema), conformando lo que los anglosajones llaman la “era post-truth”.

¿Puede una sociedad vivir, sin escindirse y destruirse del todo, apoyada en dos sistemas filosóficos tan distintos? Sí, mientras funcione la conexión ideológica entre ambos, porque en realidad lo determinante en una sociedad es su estructuración política, siendo esta una de las hipótesis que investigamos en el presente trabajo, utilizando para ello ideas y conceptos provenientes de la CP que nos han permitido plantear la hipótesis de que existe una íntima conexión entre las teorías del conocimiento y la política, a través de la ideología.

2. La ideología como ámbito de conciliación

El pensamiento no realista, no científicista, predominante en las Facultades de Letras ha originado finalmente todo tipo de ideologías subjetivistas o irracionalistas en las que predominan las teorías de la sospecha, las pseudociencias y todas aquellas otras en las que se propicie una exaltación generalizada de las emociones (por ejemplo, de raza, tribales y nacionalistas secesionistas o de género e ideología LGBTI), dejando de lado a la razón y ge-

nerando así el actual populismo “post-truth” o “post fact”, en el que conviven sin aparentes contradicciones movimientos tanto de derechas como de izquierdas; todos ellos basados en un ambiente o contexto nihilista, generado desde el relativismo.

Ahora bien, debemos plantear hasta qué punto este paradigma populista, surgido del contexto relativista (emotivista y post-truth) es compatible o no con el realista científicista basado en verdades lógicas y fácticas y su paradigma de que es posible la existencia de ciudadanos informados que quieren el bien común y que conforman una sociedad civil dispuesta a participar en política. Pues bien, es evidente que esa compatibilidad entre dos sistemas de pensamiento tan distintos es posible, y de hecho las ideologías científicistas u objetivistas, conformadas desde el empirismo lógico, el neopositivismo analítico, el progresismo pragmático de Dewey o el materialismo racionalista de Chomsky han generado un pensamiento que conecta perfectamente en el ámbito político con el constructivista emotivista; un pensamiento radicalmente anti-humanista, que deja de lado el concepto de persona, ya que no reconoce las diferencias entre animales y personas (es la ideología del animalismo etológico, basada en el utilitarismo de Benthan y en la genética) o bien entre personas y máquinas (ideología del trans-humanismo tecnológico, basado en la neurociencia y la AI o inteligencia artificial). El problema de este pensamiento realista es que no reconoce la enorme importancia que tiene, para el ser humano, el Lenguaje doblemente articulado y simbólico, confundiéndolo con un simple sistema de intercambio de señales, de tal manera que es necesario plantear aquí la otra hipótesis que está detrás de este trabajo, la de que, partiendo de que existe una íntima conexión entre conocimiento y política (primera hipótesis, ya enunciada) sólo puede desvelarse dicho entramado en todo su complejidad mediante el estudio del Lenguaje (segunda hipótesis, que desarrollaremos a continuación).

Hay compatibilidad política, decimos, entre los dos sistemas disímiles de pensamiento porque de toda esta panoplia de ideologías que hemos desplegado aquí, algunas, las esenciales en tanto que ideologemas dominantes, son perfectamente admisibles por ambos paradigmas, el realista científicista y el emotivista constructivista, ya que no plantean problemas relevantes a sus respectivos ejes filosóficos. Así, las proclamas y mensajes justificativos de la ideología de género, el nacionalismo y el ecologismo incluso se completan en sus construcciones discursivas desde ambos paradigmas; pero sobre todo, y como ya hemos anticipado, dos ideologías esenciales para definir a la sociedad actual (vista desde la CP) como son el animalismo y el trans-humanismo, se apoyan en lo que en el fondo tienen en común ambos sistemas de pensamiento, que es su radical anti-humanismo.

Finalmente, realismo científicista (en el que se fundamentan académicamente las Ciencias) y relativismo constructivista (en el que lo hacen las Letras burocratizadas) pueden convivir porque, teniendo adjudicadas desde el poder tareas muy diferentes en lo social, comparten sin embargo un fondo ideológico que permite el uso político de ambas formas

de entender el conocimiento. Pero el abismo filosófico sigue ahí, lacerante, generando continuas contradicciones, como por ejemplo la que plantea el auge de las pseudociencias y del irracionalismo nihilista, propiciado por el relativismo cultural, contrapuesto a esa otra mentalidad que exige la fluida expansión de una red económica y tecnológica necesitada de agentes racionales, que actúen con lógica y basando sus tareas cognitivas en lo empírico.

Por eso en los últimos años se ha tratado de resolver la contradicción de fondo, fundamentalmente desde el lado económicamente dominante y pragmático, que es el cientifista. Así, en 1959, C.P. Snow sugirió que era necesario buscar una alternativa al distanciamiento entre lo que él mismo llamó las dos “culturas” creadas por la excesiva separación entre las ciencias naturales y las humanidades tradicionales; si bien dicha separación era vista por Snow de un modo asimétrico, siempre desde la superioridad de las primeras sobre las segundas, pues el problema era que esas dos “culturas” representaban dos “mundos diferentes”: uno “que ha podido resolver los problemas más acuciantes de la supervivencia, gracias sobre todo al desarrollo de la ciencia y la tecnología”, y otro “que permanece en buena parte al margen de la industrialización y de la revolución de las comunicaciones”. Así, con estas frases entrecomilladas, resume la diferencia entre ambos “mundos” la actual Fundación Edge que ha llevado a la práctica la idea de Snow, la de desarrollar una “Tercera Cultura” que, desde esa superioridad de las ciencias, acabe con la dicotomía. El impulsor de esta “Tercera Cultura” a través de la ya mencionada Fundación Edge, ha sido John Brockman, desde que publicó su libro “The Emerging Third Culture” en 1995, pero en realidad no es sino otro intento, el más reciente, de imposición hegemónica de la ideología realista de siempre, que ahora actúa bajo la máscara de un, solo en apariencia, más moderno empirismo cientifista, apoyado en el desarrollo de nuevas disciplinas como la inteligencia artificial, la genética o las neurociencias (y en autores como Paul Davies, Richard Dawkins, Nils Elredge o Daniel Dennett), tratando de imponer definitivamente su positivismo epistemológico en todo el ámbito cultural, aprovechándose del cansancio que sin duda han producido, en Europa y los EE.UU., los excesos retóricos del radicalismo constructivista y del irracionalismo post-estructuralista. En todo caso, y esto es sumamente interesante para nuestro trabajo, desde la “Tercera Cultura” se propone, una vez más, un marco político común, que no puede ser sino el de un progresismo optimista en relación con la idea de un ciudadano participativo y bienintencionado en su acción política.

El otro intento de resolver la contradicción, efectuado de nuevo desde el campo del realismo epistemológico, fue el “escándalo” provocado por el físico y matemático Alan Sokal (Sokal, 1999), al denunciar el uso, carente de rigor, de términos y conceptos científicos o matemáticos por parte de numerosos pensadores post-estructuralistas o post-modernos, como Kristeva, Baudrillard, Deleuze, Guattari o Virilio, y por supuesto también Lacan, al que Sokal critica por la utilización abusiva de términos provenientes de las matemáticas (los llamados “matemas” lacanianos). Sokal, profesor de la Universidad de Nueva York y del

University College of London, envió en 1996 a la publicación académica de Humanidades "Social Text", de gran prestigio en el ámbito de los "estudios culturales" más relativistas, un artículo absurdo e incoherente titulado «Transgressing the boundaries: Toward a transformative hermeneutics of quantum gravity» («Transgredir los límites: Hacia una hermenéutica transformadora de la gravedad cuántica»). El texto fue publicado y Sokal reveló después el engaño en otra revista ("Lingua Franca"), denunciando a través de todo este montaje que las llamadas "ciencias sociales" no basan sus trabajos en la razón ni en el estudio de la realidad empírica. El así llamado desde entonces "Escándalo Sokal", ha sido teorizado más en profundidad, en cuanto a lo que tiene de debate epistemológico, en un nuevo libro del mismo autor (Sokal, 2009); aunque al final se trata, de nuevo, de política, como desvelan Sokal y Bricmont, al reconocer que "nuestro objetivo no es atacar a la izquierda, sino ayudarla a defenderse de un sector de ella misma que se deja arrastrar por la moda" (Sokal, 1999: 17) siendo esta supuesta "moda" la hostilidad a la ciencia y a la racionalidad, de tal manera que Sokal y Bricmont se declaran por eso seguidores del pensador y político radical antiimperialista Noam Chomsky, frente a referentes intelectuales de la nueva izquierda posmoderna, como George Lakoff, quien en 1991 afirmó que la ciencia "no solamente da a entender que no es un mito, sino que hace tanto de los otros mitos como de las metáforas objeto de desprecio y desdén". De nuevo hay un campo ideológico y político que unifica a las dos partes en litigio, por aparentemente enfrentadas que estén en el ámbito de lo cognitivo, ya que ambas se reconocen progresistas de izquierda.

Bien, hemos mencionado dos intentos de resolver la escisión entre los dos campos de supuesto saber llevados a cabo ambos desde el lado del realismo epistemológico cientifista, pero desde el otro lado, el constructivista subjetivista, también ha habido intentos de llegar a una teoría unificada aunque postulada, en esta ocasión, desde la hegemonía del lado contrario, es decir desde la preeminencia de lo poético por encima de lo científico. El esfuerzo más serio lo llevó a cabo sin duda el filósofo estadounidense Richard Rorty, al considerar el problema, además, desde un punto de vista que nos parece totalmente correcto, y que es el mismo que adoptamos nosotros desde la CP: el de reconocer la enorme importancia que tiene el Lenguaje. Rorty definió al pensamiento filosófico actual como inevitablemente condicionado por el llamado «giro lingüístico» de la filosofía contemporánea (Rorty, 1998), utilizando una expresión del lingüista alemán Gustav Berman, pero desarrollándola como una idea que ha sido la clave en la construcción de sus peculiares postulados teóricos, mediante los que trató de conciliar la tradición pragmática (Dewey) y analítica anglosajona (es decir, corrientes filosóficas que si sitúan del lado del realismo científico) con los postulados neo-románticos del estructuralismo y el post-estructuralismo francés o con la filosofía de Heidegger; todos ellos sistemas de pensamiento que, analizados desde el punto de vista ideológico, cabría clasificarlos dentro de una corriente de irracionalismo y antimodernidad, contraria al racionalismo realista (Sebrelli, 2007). Sin embargo Rorty per-

sistirá en este intento de conciliación imposible, al propugnar como especialmente válido para sus propósitos «lo poético» en tanto que camino de reflexión, mientras que la ciencia no sería una vía de conocimiento que pudiera permitir al ser humano acercarse a la verdad. De este modo, para Rorty el método científico no trata de descubrir (a pesar de lo que la propia ciencia pretende) una realidad verdadera y objetiva, independiente de la mente y el Lenguaje, sino que más bien trata tan sólo de “adquirir hábitos de acción para hacer frente a la realidad” (Rorty, 1996), de tal modo que si el método científico está limitado en su alcance y condicionado en sus objetivos a ese mero “adquirir hábitos”, es porque finalmente depende del Lenguaje y no puede salir de él. Ahora bien, toda esta operación, que lleva a cabo Rorty, de auténtico bricolaje filosófico, para reivindicar a lo poético por encima de lo científico, la hará con el objetivo declarado de construir una filosofía política liberal; una alternativa política progresista y pragmática, al mismo tiempo coherente con los aspectos irracionalistas y románticos de sus postulados filosóficos, partiendo para tamaña empresa del equilibrio reflexivo de John Rawls y adoptando a Donald Davidson como el filósofo contemporáneo que, según él, ofrece la mejor explicación posible al problema práctico de la objetividad y la verdad.

Si bien Rorty acertó plenamente con su “giro lingüístico” –aproximándose extraordinariamente a lo que propone la CP- al señalar que todo, la ciencia, el arte y la filosofía, debe ser enfocado y repensado a partir de la toma en consideración de la importancia del Lenguaje, no como un medio útil para representar la realidad externa al Lenguaje mismo ni tampoco como un medio para el conocimiento inmediato, directo e inmanente de una realidad previa e independiente a él; sino siendo percibido como un agente constructor de mundos. Sin embargo este punto de vista llevó a Rorty a insinuar una conclusión que aportaría fundamentación filosófica al auge en los EE.UU., primero, y en Europa, después, de la ingeniería social, encaminada al sometimiento del Lenguaje a lo políticamente correcto. Así, Rorty afirma, y con esto ya se diferencia plenamente de la CP, que el repetidamente mencionado giro impone “el punto de vista de que los problemas filosóficos pueden ser resueltos (o disueltos) reformando el lenguaje” (Rorty, 1998), mientras que para la CP en cambio tal “reforma” es imposible, en lo que se refiere a las estructuras profundas, o bien resulta banal, afectando solo a la función superficial (e ideológica) del Lenguaje. Finalmente, y desde una aparente deducción lógica, para Rorty si la realidad no está dada ni predeterminada fuera del Lenguaje, sino que se crea desde el propio Lenguaje, esto conlleva que dicha realidad pueda modificarse en su interior, mediante la mencionada reforma lingüística. Por eso, evolucionando hasta el posterior optimismo sobre la eficacia de la manipulación lingüística, mediante los “cultural studies” y lo políticamente correcto, este “giro” ha supuesto el refuerzo definitivo de un relativismo ciertamente pernicioso, cuya crítica y desenmascaramiento forman parte del objetivo principal, en el ámbito gnoseológico, de la CP.

En resumen, que si han fracasado los intentos de síntesis y reunificación de la tremenda

escisión teórica y gnoseológica [realismo / irracionalismo] que recorre de arriba a abajo la contemporaneidad es porque, como puede observarse en esta breve revisión que hemos llevado a cabo, siempre se ha tratado de imponer una parte sobre la otra, o bien el pensamiento cientificista realista (Tercera Cultura, Escándalo Sokal) o bien el subjetivismo emocional de lo poético (Feyerabend, Rorty y el giro lingüístico). Por otra parte, y pese al fracaso evidente de estos intentos de imposición de un sistema de supuesto saber sobre el otro y de manera asombrosamente persistente, todos ellos, por diferentes que hayan sido siempre sus propuestas e iniciativas en el campo cognitivo, han tratado de encontrar lo común allí donde en el fondo está, en la política dominante en el campo intelectual occidental desde el final de la I Guerra Mundial, que es el progresismo de izquierdas (o “liberal” utilizando la denominación estadounidense).

De este modo, dos sistemas de supuesto saber diametral opuestos en el terreno filosófico, ya que uno propugna que existen verdades lógicas y fácticas accesibles desde el uso de la razón, mientras que el otro cuestiona la misma existencia de la razón y de la verdad, coinciden y se reconcilian en el teóricamente banal, aunque unificador campo de la política. Es una demostración bien evidente del inmenso poder, que no conviene nunca menospreciar o minusvalorar, de la ideología.

3. Matrix: ¿atrapados en el Lenguaje?

Por eso, para rescatar el debate sobre la verdad, que es lo ciertamente importante en el campo filosófico de lo gnoseológico, debemos tomar distancia de aquello que, habiendo sido enmascarado antes ideológicamente, disuelve el problema en la banalidad cotidiana de la política. Es por esto, precisamente, que proponemos reflexionar desde la CP como un nuevo humanismo, planteando una cuestión esencial: ¿y si resulta que ni las Ciencias (en tanto que praxis del método científico) son el enemigo epistemológico de las Letras (en tanto que praxis, a su vez, de lo poético), ni las Letras (como reivindicación de las verdades subjetivas) son el enemigo gnoseológico de las Ciencias (como búsqueda de las verdades objetivas, lógicas y fácticas)? ¿Y si fuera otro el enemigo común de ambas, al que deben enfrentarse al unísono, pero desde el respeto mutuo a sus respectivas especificidades y diferencias filosóficas? Pues bien esa es la propuesta en la que se basa nuestro libro sobre la CP, en el que señalamos claramente que el enemigo del conocimiento objetivo que nos procuran las Ciencias y del saber subjetivo de las Humanidades no es otro que la ideología.

Hay un terreno común que comparten la Ciencia o mejor dicho la función epistemológica del Lenguaje que ha dado lugar al método científico, por un lado, y por otro el Arte, o mejor dicho la función estética del Lenguaje que ha dado lugar a lo poético: el de la verdad, en todas sus variantes o formas (subjetiva, objetiva-lógica y objetiva-fáctica). Es por eso que desde la CP reivindicamos la verdad y el saber para las Ciencias y el Arte (y por extensión

las Humanidades en su conjunto), concebidos así ambos componentes de la CP desde un rigor profundo que va más allá de sus reducciones actuales en el ámbito académico más burocrático; fuera por tanto de los discursos ideológicos que parecen sustentarlas (el realista y el relativista) y que conducen inevitablemente, como hemos sugerido, a la confusión de ambas en la política.

Ciencias y Arte son dos funciones del Lenguaje que nos pueden conducir, desde la propia conciencia, hacia el saber verdadero, la sabiduría (o “sophía”, entendida como virtud “dianoética” por Aristóteles); mientras que la ideología es la función del Lenguaje opuesta a aquellas dos, ya que su misión es crear una falsa conciencia que nos induzca a un no-saber, a una ignorancia de lo real y a un olvido de la conciencia; situándose, eso sí, dentro de lo que la CP; siguiendo a Nietzsche en esto, denuncia como el mero ámbito de la moral. Esa es la hipótesis que estructura nuestro libro, que se construye por tanto a partir de la Teoría de las Tres Funciones del Lenguaje (científica, poética e ideológica) que en él proponemos.

La ideológica es la función predominante del Lenguaje, inmediata, que se activa sin esfuerzo alguno, con fluidez, en el momento mismo en el que comenzamos a hablar, a escuchar, a escribir o a leer; es decir a hacer cualquier uso del Lenguaje. La ideología es la única función a la que, sin llamarla así, Lacan sin embargo reduce todo el funcionamiento del Lenguaje, cuando afirma que hablamos sin saber que en realidad “somos hablados, creemos que decimos lo que queremos, pero es lo que han querido los otros, más específicamente nuestra familia, que nos habla” (Lacan, 2006).

Porque, ¿qué es la realidad? Vamos a tomarnos en serio la alegoría que propuso en su momento la película “Matrix” (1999) de los, por entonces, hermanos Wachowski (ahora se definen como hermanas, tras un cambio de género). El título de la película se refiere a una especie de matriz (en todos sus significados, como metáfora del útero materno, como estructura o soporte y como concepto matemático), que no es sino la misma realidad en la que vivimos los seres humanos, un mundo virtual creado por un programa informático, de tal forma que lo que creemos que es nuestra vida cotidiana consciente, todo nuestro entorno incluidos a nosotros mismo, no es nada más que aquello que elabora nuestra mente y que, a partir de ahí nuestro cuerpo siente, como resultado de las señales eléctricas que ese superordenador, al que estamos conectados desde que nacemos sin ser conscientes de ello, nos envía al cerebro.

Esta fantasía se justificaba, lógicamente, a partir de la excusa argumental que le brindaba el ser una película de ciencia - ficción, pero dejemos de lado esa parte imaginada, propia de una película de género y vayamos más allá, trascendiendo los efectos especiales y las espectaculares escenas de acción, intentando ver que si dicha fantasía nos impacta como narración es porque esconde un fondo de verdad; contiene algo reconocible que el espectador, más o menos explícitamente, percibe como verosímil, ya que esta historia futurista remite a esos momentos en los que todos hemos tenido -aunque haya sido de manera puntual y

muy esporádica- la extraña sensación de vivir como en un sueño, dentro de una ficción, de tal modo que el mundo empírico perdía su consistencia y fundamento, haciéndose más artificioso, más impostado.

Pues bien, vamos a proponer a partir de ahora, como hipótesis de trabajo, que lo que, en la alegoría de la película de los/las Wachowski, es nombrado como “Matrix” podemos encontrar una pertinente metáfora del Lenguaje humano, de esa estructura, que efectivamente nos envuelve, nos atrapa por completo desde antes de nacer, en su condición de Lenguaje doblemente articulado y simbólico; a diferencia de todos los demás lenguajes, que proliferan entre los organismos vivos, y que no son sino meros sistemas de señales. Por tanto, vamos a asumir la idea de que estamos inevitablemente inmersos en esa estructura, el Lenguaje, entendido como una especie de “máquina” que programa nuestros cerebros y los condiciona ya por completo y para siempre y que, además, es la que construye eso que llamamos realidad.

Para profundizar en nuestra reflexión, conviene retomar plenamente la propuesta más interesante y trascendente de Lacan, la que permite separar de un modo categórico a la realidad de lo real. La realidad- es decir Matrix- sería el conjunto de las “cosas para mí” (Kant), el mundo como representación (Schopenhauer), una jaula para el ser humano que está inevitablemente atrapado en ella (Nietzsche), el lenguaje como la casa del ser que en ella se manifiesta en tanto que Dasein o “ser-ahí” (Heidegger), la materialización de lo profano (Bataille), aquello que recubren y configuran los juegos de lenguaje en su componente formal y lógico (Wittgenstein) o un mero efecto del lenguaje (Rorty). Lo real en cambio ha sido menos pensado y teorizado, pero sería la voluntad (Schopenhauer), el Ello hacia donde apunta la pulsión o Trieb (Freud), el conjunto vacío (lógica formal), aquello de lo que no se puede hablar y es mejor callarse (Wittgenstein), la violencia (Bataille), el dolor (Rorty) o el goce (Lacan). En la película “Matrix” lo real es un mundo devastado e invivible, que queda fuera de esa simulación interactiva y programada (que es la realidad, como metáfora, ya lo hemos dicho de lo que el Lenguaje fabrica); lo real como un universo desolado que el personaje de Morfeo define a Neo como “desierto”, en una frase -la de “bienvenido al desierto de lo real”- que después ha utilizado el lacaniano Žižek para titular así uno de sus libros, (Žižek, 2002).

Todos estamos atrapados en Matrix, entonces la pregunta que se impone es por qué no nos comportamos como seres completamente alienados (como los habitantes de Matrix, excepto esos escasísimos rebeldes que han salido de la simulación), es decir por qué en lo social no somos obedientes hormigas. La comparación con estos otros seres sociales que hizo a menudo Aristóteles: “Constituyen una comunidad con instinto social aquellos animales que actúan todos a una y mancomunadamente con vistas a un fin común... Pertenecen a esta categoría el hombre, la abeja, la avispa, la hormiga” (Aristóteles, 1990). De este modo y de forma sorprendente Aristóteles coloca en la misma categoría de animales sociales a las hormigas y a los hombres; pero la pregunta esencial que debemos hacernos es, por

qué otros animales sociales, como las hormigas, pueden construir sociedades complejas que funcionan automática y ordenadamente, como el mecanismo preciso de una máquina. Aristóteles se admira ante estos insectos sociales: “la laboriosidad de las hormigas a todo el mundo le es dado verla a las claras, y que todas ellas recorren continuamente el mismo sendero, y también el depósito de sus alimentos y su buena administración. Y es que trabajan incluso durante las noches de luna llena”. Y busca en este modelo el ideal político, basado en un ciudadano cuyo deseo es la búsqueda del bien común, de lo mejor para la Polis.

Pero no es así, no somos como las hormigas y el Lenguaje, que en teoría nos uniformiza y nos enjaula, juega sin embargo en esto un papel esencial. Aristóteles se planteó en la dirección que ahora nos interesa la reflexión sobre el Lenguaje, al decir que este, entendido como Logos, en tanto que instrumento natural de comunicación, convertía al ser humano en social, es decir en “zoon politikon”, en animal político, conectando así esa estructura que es el Logos con la política como destino inevitable del hombre, cuyo deseo racional Aristóteles presupone, por añadidura, que es la búsqueda del bien común. Tenemos aquí la primera conexión entre lenguaje y política, si bien ambos se conectan de una forma “natural”, ya que según Aristóteles la Naturaleza ha dotado al hombre del lenguaje como instrumento de comunicación precisamente para que sea necesario el semejante con el que poder ejercitar ese lenguaje, que de otro modo sería un instrumento superfluo: “El por qué sea el hombre un animal político, más aún que las abejas y todo otro animal gregario, es evidente. La naturaleza - según hemos dicho - no hace nada en vano; ahora bien, el hombre es entre los animales el único que tiene palabra” (Aristóteles, 2004). De este modo, el “zoon politikon” lo es por el Logos, que hace al hombre aún más social que las abejas y todo otro animal gregario.

¿Más social? ¿Cuál es ese plus de sociabilidad que atribuye Aristóteles al lenguaje? Sin duda su capacidad de comunicación, que nos conecta a unos con otros hasta hacer que conformemos el cuerpo social, la Polis, ya que para Aristóteles es absurdo pensar que la naturaleza nos ha dotado de algo superfluo y tampoco tendría explicación el lenguaje si el individuo fuera algo previo a la sociedad (¿para qué lo querría si solo se puede hablar con los otros?), con lo cual Aristóteles sostiene la teoría de la «sociabilidad natural» del hombre, que conlleva que la Polis sea anterior al individuo: “Es pues manifiesto que la ciudad es por naturaleza anterior al individuo, pues si el individuo no puede de por sí bastarse a sí mismo, deberá estar con el todo político en la misma relación que las otras partes lo están con su respectivo todo. El que sea incapaz de entrar en esta participación común, o que, a causa de su propia suficiencia, no necesite de ella, no es más parte de la ciudad, sino que es una bestia o un dios” (Aristóteles, 2004). El argumento de Aristóteles es que todo (la Polis), es anterior a las partes; por lo cual no hay individuo si se destruye la Polis, adoptando un punto de vista organicista de la Polis: es como si se destruye el cuerpo, entonces no habrá «ni pie ni mano a no ser en sentido equívoco».

Pero, visto de otro modo, el Lenguaje nos hace en realidad menos sociales que las hormi-

gas, más imprevisibles en nuestro comportamiento social, pues la colaboración entre nosotros no está garantizada como ocurre con ellas. Las hormigas, ante un invasor que pone en peligro al hormiguero se inmolan si es necesario, movidas por el automatismo ciego de su instinto. Pero en la guerra humana, actividad propiamente política por cierto, se dan casos de cobardía (lo habitual) y de heroísmo (mucho más raros). Ambos comportamientos están en el origen mismo de lo poético; por ejemplo en Arquíloco poeta y guerrero del siglo. VII A.C., cuyo poema más famoso es en el que cuenta su acto de cobardía, cuando en pleno combate abandonó su pesado escudo hoplita y salió corriendo:

Un sayo ostenta hoy el brillante escudo
que abandoné a pesar mío junto a un florecido arbusto.
Pero salvé la vida. ¿Qué me interesa ese escudo?
Peor para él. Uno mejor me consigo.


Hay que tener en cuenta que en la táctica de los hoplitas el escudo servía para proteger el flanco del compañero más cercano y, por honor, no debía perderse, con lo cual el acto de cobardía de Arquíloco alcanza toda su dimensión dramática y por tanto poética; un acto que recorre la historia de la literatura misma hasta llegar a esa especie de apoteosis negra del desertor que es "Viaje al fin de la noche" del inquietante y repulsivo, desde el punto de vista político, pero excelente escritor, Louis-Ferdinand Céline. En el extremo opuesto está, desde luego, Aquiles, el héroe, origen a su vez de lo poético con Homero.

Porque hay hombres como Arquíloco y como Aquiles existe la poesía, que por supuesto no necesitan las hormigas. Y es que un lenguaje, como sistema de comunicación e intercambios de señales tienen todos los seres vivos, los animales y las plantas. Los árboles se comunican mediante compuestos volátiles orgánicos, incluso los virus pueden considerarse como paquetes autónomos de mensajes, de señales, que se transmiten entre seres vivos. De este modo, el lenguaje simple, hecho de señales, sirve para que algunos animales llamados sociales se organicen perfectamente, como las abejas o las hormigas... Pero el Lenguaje humano nos da un "algo más", algo que va más de la herramienta de comunicación, nos da la conciencia, que es ante todo la conciencia de nuestra propia muerte. El Lenguaje humano es una bendición, ya que se trata de una poderosa herramienta que nos ha permitido ser la especie dominante (mediante la Ciencia) y, a la vez, una maldición, ya que al darnos la conciencia de la muerte nos aboca hacia una inevitable angustia existencial (que a su vez no conduce a su afrontamiento, en lo poético, o a su negación en la ideología).

Atrapados en Matrix, sabemos que vamos a morir y eso, en tanto que animales sociales, nos hace sentir miedo, ya que sabemos que el otro nos puede matar y que nosotros podemos matar al otro, tal y como ocurre en esa experiencia traumática, autobiográfica de Elías Canetti, cuando intentó matar con un hacha a su, por lo demás muy querida, prima Laurica,

mientras gritaba en ladino: “¡Agora vo a matar a Laurica!” (Canetti, 1980: 45). El autor no entiende cómo siendo un niño tan dulce de pronto se vuelve un monstruo capaz de partir la cabeza de la compañera inseparable de sus juegos en el paraíso de Bulgaria, sólo porque Laurica se rehúsa a dejarle tocar sus cuadernos de escuela y le recuerda que “ella sabe” y “él es muy pequeño”. Este acontecimiento traumático, en el que el pequeño Elías se descubre a sí mismo como potencial asesino, recorre toda la obra de este Premio Nobel de Literatura, que también escribió magníficos ensayos como “Masa y poder”, de tal modo que en todos sus textos aparece, de un modo otro, la idea de que el deseo fundamental del ser humano es el de asesinar al otro, ya que de este modo tapamos la angustia que nos produce la conciencia de nuestra propia muerte, al ejercer el poder de matar al otro.

Aparecen así los dos operadores clave de la política vista desde la CP: el miedo, que es lo primario, e inmediatamente tras él viene el odio al otro, como mecanismo liberador de la angustia vital, junto con el deseo de alcanzar el poder para llevar a cabo ese impulso esencial; poder que se fundamenta en la fuerza pero, sobre todo, y esto es esencial para la CP, en la excusa moral que justifique, ante el yo y ante los demás, tanto el miedo como el odio que sentimos al estar atrapados en lo social. Tenemos así los tres operadores que actúan en la Polis: miedo, odio y moral, tal y como de una u otra manera los han ido identificando los grandes de la filosofía política, Maquiavelo, Hobbes y Carl Schmitt.

Tener conciencia (ética) frente a la falsa conciencia (moral) que nos suministra la ideología, es el dilema del ser humano, más allá de las alienaciones políticas, en las que solo cabe operar mediante el miedo (quizá el elemento más racional de la política), el odio (el operador más energético y activo) y la moral (como nexo de ambos y justificador de todo). Por eso, para adentrarnos en la CP, en la verdad, es preciso atender a la última y más dramática parte de la obra de Nietzsche, entendiendo que la “Genealogía de la moral” es siempre política y planteando por eso la necesidad de ir “Más allá del bien y del mal”. 

Bibliografía / Bibliography

- ALEMAN, Jorge. *Para una izquierda lacaniana. Intervenciones y textos*. Ed. Grama, 2009
- ARISTÓTELES. *Historia de los animales*. Ediciones AKAL, 1990
- ARISTÓTELES. *Política. libro 1, 1*. Tecnos, 2004
- CANNETI, Elias. *La lengua absuelta*. Muchnik editores 1980
- DEBORD, Guy. *La sociedad del espectáculo*. Pre-texto, 2000.
- LACAN, Jacques. El Seminario, Libro 23. *El sinthome*. Ed. Paidós, 2006
- MARTIN ARIAS, Luis. *Contrapolítica. Manual de resistencia*. Castilla Ediciones, 2016.
- RORTY, Richard. *Objetividad, relativismo, verdad*. Ed. Paidós, 1996
- RORTY, Richard. *El giro lingüístico*. Ed. Paidós, 1998
- SEBRELLI, Juan José Sebrelli. *El olvido de la razón*. Ed. Debate, 2007

- SOKAL, Alan y BRICMONT., *Jean. Imposturas intelectuales*. Ed. Paidós, 1999
- SOKAL, Alan. *Más allá de las imposturas intelectuales*. Ed. Paidós Ibérica, 2009
- STAVRAKAKIS, Yannis Stavrakakis. *La Izquierda Lacaniana*. Fondo de Cultura Económica, 2010
- WITTGENSTEIN, Ludwig. *Tractatus logico-philosophicus*. Alianza, 1999
- ZIZEK, Slavoj. *Welcome to the Desert of the Real*. Verso, 2002